

El mes artístico

Viña del Mar, que no limita sus generosas ambiciones, pretende rivalizar a la larga con Santiago, en lo que respecta a exposiciones de arte y su Salón Anual, cuarto de la serie, va, según la impresión de todos, en progresión ascendente. Así, el inaugurado el 15 de febrero, entra en nuestro campo visual, cae bajo nuestra jurisdicción y la crítica debe considerarlo entre las periódicas manifestaciones culturales del país.

Por eso y porque coincide, como es lógico y práctico, con la gran «saison» de Viña, viniendo a completar el triángulo del Derby y de la apertura del juego, constituye una solemnidad mundano-social-artística, un tanto heterogénea, como lo indica su nombre compuesto y, por lo mismo, con cierto carácter de originalidad, a la vez banal e intelectual. Como que al fin de fines, se lleva a cabo en el Círculo o Casino de un balneario «snob», con vuelos internacionales.

El Gran Salón, porque lo es, al menos en ciernes, adolece, pues, de los defectos inherentes a su formación o conformación, vicios de origen, podría tildárseles, «aunque cabe en la lógica la esperanza que se vaya curando de ellos a lo largo de su desarrollo. Y el auge de Viña del Mar permite augurarle prosperidad y longevidad.

Una concurrencia, acaso única cuando se trata en Chile de cosas «de adorno» llena día a día, desde el de la inauguración, las varias salas de los dos pisos que ocupa la exposición. Son artistas, los menos, algunos «amateurs» y muchos veraneantes, que lo mismo emplean sus vacaciones en ver cuadros pintados

que en ver cuadros vivos; en oír los conciertos de la Sinfónica, que en oír el «jazz-band» del O'Higgins; en oler los sanos efluvios del mar, que en oler el tufo de los cabarets; en gustar champaña, aunque sea Valdivieso, que en gustar un «pisquisawer»; en palpar... pero, detengámonos en esta revisión de los cinco sentidos del veraneante «chic», pues corremos riesgo de ser indiscretos.

Catálogo en mano y lápiz en ristre, circulan, atareados, por los ámbitos del Salón de Verano, los contados críticos profesionales. Por nuestra parte, no nos ha sido dable ver sino a uno, el más eximio de todos, y su indumentaria de ese día, era un poema, para conciliar el simple traje de playa, con el más esmerado que requiere un círculo aristocrático y el de circunstancias que exigían las de ese torneo artístico. He de decir, que lo lograba ampliamente, y los actores debieran estudiar, en tan magnífico modelo, la «tenue» que les corresponde en cada papel, hasta llegar a la muy híbrida que ostenta *un veraneante en la Exposición de Viña*. El juego que debe establecerse entre los zapatos semiblancos, la corbata y el jipijapa, entre los guantes y el pañuelo, entre la camisa, el cinturón y los pantalones, entre el vestón y los calcetines. Sólo una sabia práctica y una intuición a prueba de bombas, pueden salvar tamaños escollos y conciliar elementos tan dispares, haciéndolos concurrir a un solo propósito. El gesto, el saludo con el bastón y el catálogo no son los que en una exposición de la capital. Yo propongo se cree una cátedra «smart» y le sea confiada a nuestro Brummel nacional, nuestro André de Fouquières criollo. Viéndole, llegué a pensar que el propio Wilde, no hubiera resuelto mejor el problema de parecer, a primera vista, un crítico mundano, sin dejar de ser, en el fondo y en la forma, un acabado hombre de mundo. Una simple sortija, un alfiler, una pulsera daban la tónica y colocaban la figura en su exacto plano. Lástima, solamente, que nuestra educación rudimentaria, nuestra poco refinada sensibilidad, no nos permitan admirar, como se merece, una de las raras per-

fecciones que hemos alcanzado. Y lo digo muy en serio, pues cada cosa tiene su precio, y el alcance, las proyecciones, de un convencido profesor de elegancias, ofreciéndose él mismo como ejemplo, son considerables, dentro de la cultura de un país en formación. Otro gallo me cantaría, si yo hubiese conservado, como él, la línea, y como él supiera llevar la raya del peinado y la impecable del pantalón de franela. Porque esos detalles deben influir hasta en la obra de un hombre.

El Cuarto Salón Anual de Viña del Mar, organizado y mantenido bajo el alto patronato de su Municipalidad, representada por el alcalde, pintor Sergio Prieto, viene siendo, sin duda, uno de los atractivos turísticos de la hermosa población veraniega y va dándole personalidad y autonomía. Es además un exponente de la recién fundada Escuela de Artes Plásticas de Valparaíso, de la cual me ocupé extensamente en mi Revista del mes pasado. Sin embargo, sería del caso de decir que no debe limitarse a poner de relieve los progresos de este recién formado organismo, ni apoyarse aún en él como base, siendo, como son, dos actividades diferentes. En algunas salas del Salón («Sección alumnos»), aparecen academias, que no son sino eso, estudios de academia y no pueden exhibirse fuera de una academia, ni tomar parte en otros concursos que entre alumnos. Sus mismos temas, repetidos por diversos pinceles, nos advierten hallarnos delante de ejercicios escolares. Y sería de desear que los maestros, por su propio prestigio, los impidieran mostrarse fuera de propósito y de tiesto. Porque la admisión al Salón de Viña, nada tiene que ver con el ingreso y la matrícula en la Escuela de Artes Plásticas de Valparaíso. Y ésta no significa aquélla.

Se ha escatimado, en cambio, en mi sentir exageradamente, el acceso de los elementos extraños cualesquiera que fueran sus dotes. Y así se da el peregrino caso que la pintora peruana Carmen Saco, cuya exposición reciente en el Círculo de la Prensa, constituyó un éxito, haya visto rehusados sus dos envíos. Un bien entendido deber de cortesía y hospitalidad, si no de justicia

estricta al mérito, hubiera aconsejado otra política respecto a quien, acaso pueda ser discutible en sus tendencias, pero no lo es, seguramente, en lo que a competencia y solvencia se refiere.

Otro caso que se nos alcanza, es de la no menos notable artista Hortensia de Mujica, agraciada con distinciones en nuestras exposiciones oficiales y cuyo cuadro: «Nogales en Quillota» constituye uno de los «clous» de esta de Viña del Mar. En los juicios que se publicaron el primer día, el pintor Ponce, consideraba dicha obra «de mucha luz y armonía, recordándole al gran Valenzuela Llanos». Don Luis Thayer Ojeda, decía, por su parte, «que había en él verdad artística y que su perspectiva era admirable». Pues bien, la comisión admisoras rechazó otros dos cuadros, no inferiores en calidad, de la misma autora. Y hay que convenir, en vista de esto y de lo otro, que no anduvo acertada, ni en la totalidad de sus admisiones, ni en algunas de sus no admisiones. Un cierto partidismo me parece haberla presidido, un espíritu de exclusión de determinadas escuelas, alcanzando por un extremo la muy clásica de la señora Mujica y por el otro la muy moderna de la señorita Saco. ¿Estará siempre la verdad en el justo término medio, o será más verdadera la palabra evangélica: «Sé frío o sé caliente, porque si eres tibio te vomitaré de mi boca»?

El Salón de Verano deja, desde luego, una favorable impresión de conjunto. Decía yo el primer día, que «significaba inquietud y juventud, en medio de nuestro ambiente apático». «Debe de ser el aire del mar y la vecindad maravillosa de Valparaíso—proseguía yo, en mi comentario a los periodistas—los que así logran hacer salir un sol ardiente, a través de nuestra bruma de hastío».

Una eclosión juvenil aporta nombres nuevos dignos de señalarse. Tal, en primer término, el de la ilustrada Eugenia Grenovic, cuyas estampas «Sueño sin Fin», son una revelación tanto de técnica como de concepto. Citemos en seguida, con otro temperamento, a Estrella Labarca y su «Naturaleza muerta», y,

con otro aun, a Carmen Valdés Vásquez, quien repite los apellidos de su padre, el malogrado y exquisito Rafael Valdés y coincide con él en la suave elección de sus temas de «Interiores» y, posiblemente, hasta en los objetos de que aquél se servía.

Los otros exponentes destacados en la pintura son artistas ya con una reputación dentro del país, como Alvaro Casanova, Pacheco Altamirano, Marco Bontá, Gazmuri, Isamitt, Enrique Mosella, Estela Ross, Strozzi, María Tupper, Pablo Vidor, Waldo Vila. Cada uno de ellos ha querido hacerse representar al menos por una obra suficiente.

La escultura no abunda en nombres, pero grana en cualidades. Así Lorenzo Domínguez, con su concentrada, apretada y expresiva cabeza de d'Halmar; Araya, con una de vieja y Guillermo Mosella, con un retrato de mujer, digno de señalarse en cualquier Salón.

La cerámica tiene algunos representantes; Mesa Campbell sigue prestigiándola.

Y otro tanto les ocurre, en el dibujo, a Dora Puelma, Hermosilla, y ese «Huelén» (Juan Francisco 2.º González), cuyos apuntes del Puerto y de los cerros evocan la pasión con que los trató su padre, sin duda el más ilustre de cuantos artistas han florecido en Chile, clima moral, pero apropiado para conseguir flores y muy propicio a multiplicar cardos, quiscos y abrojos, sin hablar de la zarzamora.—AUGUSTO D'HALMAR.